

El bienestar emocional como frontera invisible en la educación latinoamericana

Favio André Reyes-Quezada

Universidad César Vallejo

ORCID: 0000-0002-2929-7616

A LO LARGO Y ANCHO DE LA GEOGRAFÍA EDUCATIVA de América Latina, la escuela es, y probablemente seguirá siendo, el lugar donde las aspiraciones de transformación social se encuentran con las secuelas de la desigualdad. En las últimas décadas, los sistemas educativos de la región se han esforzado en mejorar indicadores académicos, ampliar la cobertura y profundizar el desarrollo de competencias. Sin embargo, más allá de las cifras y las evaluaciones estandarizadas, hay un elemento que se encuentra quizás en el mismo olvido que el bienestar de quienes enseñan y aprenden: la frontera, silenciosa pero determinante, del proceso de aprendizaje.

El bienestar emocional incluye la capacidad de tener un sentido de pertenencia, seguridad y propósito durante la experiencia educativa. En contextos de precariedad, violencia o inestabilidad económica a los que la realidad latinoamericana está tan acostumbrada, las emociones juegan un papel estructural en la experiencia escolar. La ansiedad, el miedo y la desafección sirven como barreras para el desarrollo cognitivo y social, mientras que la confianza, la empatía y la esperanza alimentan el aprendizaje significativo.

Aun así, el currículo oficial sigue enfocándose en el aspecto cognitivo, dejando de lado la parte emocional, la construcción de relaciones afectivas y el apoyo socioemocional. Este desequilibrio limita el poder transformador liberador de la educación. Recuperar la dimensión emocional desde un enfoque humanista, inspirado en la pedagogía de Paulo Freire y en la ética del cuidado de Enrique Dussel, denota, sobre todo, que enseñar es un encuentro de subjetividades.

La educación ha comenzado a considerar el bienestar emocional del alumno debido a los retos sociales y psicológicos que surgen en el entorno escolar.



Desde la psicología educativa, se considera que las emociones juegan un papel fundamental en los procesos de aprendizaje, pues afectan la atención, memoria y la motivación.¹

En el ámbito latinoamericano, la escuela se mantiene marcada por un legado positivista que entiende la educación como un proceso mecánico, despojado de emociones y centrado casi exclusivamente en la transmisión de información. En contraposición, muchas corrientes humanistas han sugerido la restauración del protagonismo del sujeto en el aprendizaje. Freire, en particular, con su propuesta de una pedagogía del diálogo, fija la palabra y la emoción como elementos de liberación y no de domesticación: enseñar no es un acto de depósito de contenidos, sino un despertar de la capacidad de sentir, pensar y actuar críticamente.

Enrique Dussel incorpora la idea de la ética de la liberación, en la que el encuentro con el otro conlleva una responsabilidad afectiva y política. Desde su perspectiva, la educación tiene como objetivo la forja de relaciones que reconozcan la dignidad del sujeto oprimido para que cada práctica de enseñanza incorpore una dimensión ética y emocional. El bienestar, por lo tanto, no puede ser igual al yo interno. Más bien, es y tiene que ser, en gran parte, relacional y comunitario, especialmente en una comuni-

dad que reconoce y afirma las emociones de las personas.

La psicología positiva ha puesto el énfasis en lo complementario de las fortalezas, la resiliencia y la gratitud como aspectos que ayudan al desarrollo integral. En el ámbito de la educación, estos aportes sostienen la importancia de crear espacios donde las emociones constituyen estímulos que fortalezcan la creatividad, la cooperación y la autonomía de los estudiantes. El bienestar emocional es el punto de confluencia de lo psicológico, lo pedagógico y lo social y su tratamiento debe ser integral. Esto se enmarca en la necesidad de considerar al humano como totalidad, el ser que siente, el que piensa y el que otorga sentido a las cosas.² La educación emocional se convierte en el puente que permite derribar los muros, muchas veces invisibles, que separan los fines del conocimiento, el afecto, y la instrucción, la humanidad.

Las emociones reflejan la experiencia individual, pero también la estructura social que las produce. En América Latina la injusticia económica, la violencia estructural y la falta de educación de calidad, son parte del paisaje; el bienestar emocional de los estudiantes se convierte en un indicador silencioso de exclusión. El aula, lejos de ser un espacio neutro, se convierte en un escenario donde se reproducen tensiones de orden social, eco-

¹ Christo Moskovsky y Fakieh Alrabai, "Intrinsic Motivation in Saudi Learners of English as a Foreign Language", en *The Open Applied Linguistics Journal*, vol. 2, 2009, pp. 1-10.

² Jianhua Wang, Xi Zhang y Lawrence Jun Zhang, "Effects of Teacher Engagement on Students' Achievement in an Online English as a Foreign Language Classroom: The Mediating Role of Autonomous Motivation and Positive Emotions", en *Frontiers in Psychology*, vol. 13, 2022.



nómico y afectivo, determinantes en las oportunidades de aprender.

La frontera emocional se relaciona con el miedo, la frustración y el sentido de pertenencia que, en comunidad, limita la participación de estudiantes. El sufrimiento emocional, entonces, se vuelve una frontera invisible que limita el acceso a la educación y, con ello, la perpetuación de la desigualdad en la sociedad.

Varios estudios han mostrado que el trabajo que se realice con las emociones dentro del aula puede contribuir a cerrar las brechas de aprendizaje de forma muy significativa. La motivación intrínseca de los estudiantes en las clases de lengua extranjera aumenta con la retroalimentación emotiva positiva, e incluso el aprendizaje colaborativo en contextos de alta vulnerabilidad se ha mostrado como un potente recurso para trabajar la autoestima y el compromiso. El trabajo afectivo en las clases demuestra que no se trata de un recurso adicional, sino de una de las condiciones estructurales del trabajo educativo.³

Cuando la escuela no considera las emociones de los estudiantes, se constriñe el vínculo que el aprendizaje pueda tener con el sentido y significado que la vida del estudiante dentro de la escuela. El aprendizaje no se conecta con la vida y se disocian lo personal y lo social. Por tanto, en el trabajo por la educación en el bienestar emocional

se deben derribar las jerarquías que sitúan la razón por encima del sentimiento. Es necesario aceptar que, en realidad, la educación se basa en un trabajo de relación, de encuentro.

Las experiencias educativas en América Latina muestran que el bienestar emocional puede ser un catalizador en el aprendizaje y las relaciones escolares. No se puede construir una educación verdaderamente liberadora sin considerar el impacto que las emociones tienen en el desarrollo pleno de una persona.⁴

En Chile, se pudo demostrar que el trabajo colaborativo y la mediación emocional en relaciones de pares se referían al fortalecimiento de la pertenencia y el impacto de la autoeficacia. Con la integración de dinámicas grupales en torno a la empatía y la comunicación asertiva, los docentes lograron que los alumnos asociaran el aula como un espacio de contención en lugar de uno únicamente de evaluación, lo que se tradujo en cambios positivos en motivación, asistencia y convivencia escolar.

En México, los programas de educación socioemocional desarrollados en escuelas públicas de Jalisco y Nuevo León han mostrado que la formación de los educadores en competencias emocionales tiene un impacto en el bienestar estudiantil. Los docentes que aprenden a reconocer y autorregular sus emociones están más dispuestos



³ Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*. México, Siglo XXI, 1970.

⁴ Chunju Peng, "The Academic Motivation and Engagement of Students in English as a Foreign Language Classes: Does Teacher Praise Matter?", en *Frontiers in Psychology*, vol. 12, 2021.

a entablar un diálogo, escuchar activamente y ayudar a crear ambientes colaborativos. Estas prácticas fomentan la empatía y la confianza, pilares esenciales del aprendizaje significativo.

El compromiso emocional en el aula mejora las relaciones sociales y aumenta el rendimiento académico. Las relaciones entre profesores y estudiantes ancladas en el respeto y el reconocimiento provocan aumentos en la motivación autónoma y el compromiso emocional de los estudiantes. En un contexto global que enfatiza cada vez más la deshumanización del sistema educativo, estos hallazgos proporcionan un claro llamado a la acción: enseñar con la ardiente pasión del corazón y el alma.

Al igual que con estas experiencias, hay un creciente énfasis en la educación afectiva y el bienestar holístico. Aquí, la jerarquía del aula se disuelve en favor de un sistema emocionalmente solidario, donde los errores no son penalizados, sino recontextualizados de manera positiva para fomentar el aprendizaje. Con el reconocimiento de la vulnerabilidad y la empatía como principios pedagógicos fundamentales, las escuelas latinoamericanas están comenzando a dismantelar las barreras invisibles que separan el conocimiento de la vida real.⁵

Pensar en una educación que integre la inteligencia emocional requie-

re una transformación en la visión que se tiene respecto al docente, el alumno y el mismo proceso de enseñanza. No se trata de añadir sesiones de “educación emocional”, sino de construir una cultura escolar en la que sentir, pensar y actuar, se interrelacionen y se dimensionen en el aprendizaje.

Este modelo de aula se puede abordar a través de tres fundamentos de integración emocional. Intrapersonal, de autoconocimiento y autorregulación. Entender y aceptar un conjunto de emociones es la etapa primaria para cualquier corazón impulsado emocionalmente.⁶ A través de la atención plena y el diario emocionalmente empático o incluso los descansos de puntuación emocional que ‘silencian y aquietan el cuerpo’, un aprendiz puede apreciar y calibrar un ‘estado de sentimiento o corazón’ personal, y hacerlo sin represión, juicio o crítica. Al modelar esta práctica, el maestro es una figura de constancia emocional e integridad.

Eje interpersonal, empatía y comunicación. Una sana convivencia escolar se da por el respeto y la escucha activa. Los grupos que trabajan en la cooperación, el diálogo y en la mediación de conflictos ayudan a construir una comunidad emocional que respeta la diversidad y el error como parte del crecimiento.

Eje institucional, cultura del bien-

⁵ Patricia A. Jennings y Mark T. Greenberg, “The Prosocial Classroom: Teacher Social and Emotional Competence in Relation to Student and Classroom Outcomes”, en *Review of Educational Research*, vol. 79, núm. 1, 2009, pp. 491-525.

⁶ Reinhard Pekrun, “The Control-Value Theory of Achievement Emotions: Assumptions, Corollaries, and Implications for Educational Research and Practice”, en *Educational Psychology Review*, vol. 18, 2006, pp. 315-341.



estar. Una escuela emocionalmente inteligente necesita una dirección que se ocupe del bienestar integral. Esto significa que debe existir el acompañamiento en las políticas de prevención de los casos psicológicos, la docencia debe tener espacios de autocuidado y el currículo deberá equilibrar el saber académico y la salud mental.

El impacto de este enfoque va más allá de lo individual. La educación emocional aumenta la motivación, disminuye la ansiedad relacionada con la escuela y fortalece la resiliencia ante la adversidad. Sin embargo, más allá de estos indicadores, su importancia radica en devolverle a la escuela su dimensión humana: un espacio donde florece el conocimiento porque se cultivan el vínculo, la confianza y el sentido de comunidad. De este modo, el aula emocionalmente inteligente se transforma en un espacio ético y estético, donde el saber se siente y el sentir se piensa.

Educar más allá del saber es reconocer que el conocimiento no se limita a la mente, sino que también habita en el cuerpo, en la emoción y en el encuentro con los otros. En la escuela, las emociones no son un obstáculo, sino un lenguaje que traduce las experiencias, las memorias y las aspiraciones de cada estudiante. Comprender esta dimensión emocional permite construir un aprendizaje significativo, inclusivo y humano.

El bienestar emocional potencia la motivación, la creatividad y la participación activa en el aula. Pero, sobre todo, demuestra que la educación puede convertirse en un espacio de justicia afectiva, donde la ternura y el cuidado sean tan importantes como la evaluación o el rendimiento. Apostar por un aula emocionalmente inteligente es apostar por una educación que cura, que repara y que restituye la dignidad de quienes históricamente han sido invisibles en los sistemas educativos.

